

LOS VINCULOS EN LA VIRTUALIDAD: *exploración en sujetos nacidos entre 1986 y 1996.*

Autor: de Hoyos, H. Francisco.

Institución: Facultad de Psicología. UNLP.

Email: frand.hoyos@gmail.com

ANÁLISIS DE ENTREVISTAS

Las motivaciones de este trabajo tuvieron que ver con indagar la manera en la que los sujetos nacidos entre 1986 y 1996, tramitan el duelo ante una decepción amorosa de una relación que se estableció y mantuvo, en gran parte, en plataformas virtuales. Si bien el duelo es un mecanismo de la constitución psíquica fundamental para la instalación de las instancias del psiquismo, también es un proceso subjetivo, dado que las características de la propia experiencia completan dicho proceso. No todos duelamos de la misma manera y sobre todo, siempre depende de las características del vínculo que supimos construir. En algunas circunstancias puede ser más dificultoso que en otras. Con la técnica de la entrevista busqué, precisamente, nutrirme del relato y analizar profundamente las vivencias personales de los sujetos, que fueron insumo para la reflexión.

La entrevista es un método que facilita una aproximación a la vida del sujeto, pues le da al entrevistado la suficiente libertad para explayarse y a nosotros, investigadores, de puntualizar en ciertas cuestiones de interés. La modalidad fue de una entrevista semidirigida, comenzando con preguntas más estructuradas y puntuales, para que la persona pudiera sentirse cómoda. A medida que la entrevista avanzaba, las preguntas eran más específicas, procurando que aparecieran las coordenadas de la vida subjetiva pero siempre persiguiendo el mismo objetivo: ***conocer las características del trabajo de duelo.*** Ya mencioné que el rango etario elegido está compuesto por personas que nacieron entre 1986 y 1996. Sostengo que somos la generación que no nació con una exposición a la vida de las pantallas y que hemos tenido que adaptarnos a medida que ésta avanzaba. Sumado a otro condimento: somos hijos del *boom* tecnológico, es decir, las plataformas iban apareciendo a medida que crecíamos. Nos adueñamos de espacios virtuales recientemente fundados, sin reglas ni márgenes. No conocíamos sus usos, sino que los inventamos.

Se realizaron un total de diez entrevistas a mujeres y varones, indistintamente de su orientación sexual, de entre 25 y 35 años. Considero que la muestra es significativa en cuanto a ciertos indicadores obtenidos. Principalmente hay una coincidencia en las redes sociales utilizadas, además del destino de su uso.

Antes de detenerme en fragmentos específicos de cada testimonio, puedo adelantar que se hallaron tópicos comunes en todos los relatos. En primer lugar, una coincidencia en relación a que, en los inicios, todos los sujetos manifestaron haber incursionado en Messenger y Facebook y que, con el correr del tiempo, migraron hacia la red que hoy predomina, que es Instagram. Otra coincidencia es que la mayoría utilizan la red social para conocer personas. En este sentido, es importante destacar que, en las redes sociales que utilizaron al principio, lo que predominaba era la palabra escrita, los mensajes y los comentarios. Luego, ya desde Instagram, lo que prevalece es la imagen: no sólo la difusión de la propia, sino el interés por *mirar* a los otros desde esa vidriera de cristal. También pude establecer parámetros que acercaban a los sujetos en torno a cómo conciben a las redes sociales, como una herramienta que facilita la interacción y que pareciera resguardar de los peligros del mundo real. Por último, una de las categorías que se repite en todos los discursos, tiene que ver con lo que denominan *enrosque*. Con este término los entrevistados aluden a una sensación que podríamos relacionar con lo que Freud menciona como “autoreproches”. El padre del psicoanálisis refiere que:

Si con tenacidad se presta oídos a las querellas que el paciente se dirige, llega un momento en que no es posible sustraerse a la impresión de que las más fuertes de ellas se adecuan muy poco a su propia persona y muchas veces, con levísimas modificaciones, se ajustan a otra persona a quien el enfermo ama, ha amado o amaría (1915: 245).

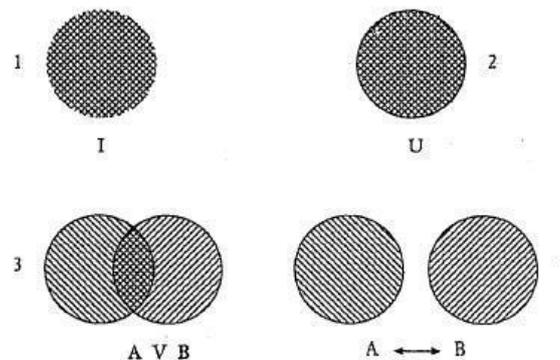
En este sentido, Freud advierte que “se tiene en la mano la clave del cuadro clínico si se disciernen los autorreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio” (1915: 246).

Ahora, voy a detenerme en algunos pasajes llamativos de las entrevistas realizadas.

Una idea recurrente en varios de los entrevistados, aparece ya en la *entrevista 1*: “**No llegas a conocer nunca a la persona**”. Sobre esto ya reflexionó Piera Aulagnier (1977): en el vínculo entre personas está esa dimensión de la ajenidad, que es lo inaccesible del otro, no lo podemos metabolizar, no le podemos dar un sentido porque está completamente fuera de nuestra esfera y fuera de todo entendimiento. Es por esto que el sujeto debe formarse una idea de la otra

persona, una idea que sostenga el vínculo. Isidoro Berenstein (2007) propone pensar los vínculos como diagramas de Ben, donde cada persona es un círculo y el espacio formado entre ambos es el terreno que constituye la relación, terreno en el que, por otro lado, ambos sujetos se instituyen como “*sujetos del vínculo*”.

Pero el otro es siempre opaco, siempre. Pues hay toda una otra parte a la que uno no accede, es la parte posterior del círculo, aquella que no llega a juntarse.



Hoy en día no podríamos decir que ese espacio resulta de la superposición de A y B, como hacíamos antes, porque no resulta de dos sujetos previamente instituidos que van al encuentro uno de otro, lo que llamamos suma de 1+1. Por el contrario, de U se pasa a la imagen 3, llamada A V (Vínculo) B. Refiere a que A y B se instituyen como nuevos sujetos desde el vínculo y no previamente a él. (Berenstein, 2007: 113). “**Siempre es necesario tener un proyecto**”, sostiene la entrevistada 7. Además, en otro momento de la entrevista refiere que: “**Otra cosa fundamental es tener un objetivo final (...) saber que hay un proyecto común**”. Este relato pertenece a una persona que mantiene una relación desde hace cinco años con un australiano que vive en Londres. La relevancia de esta entrevista radica en el hecho de que, en muchos de sus pasajes, podemos comprobar que el vínculo cumple con las características que los anteriores dos autores sitúan. Se trata siempre de la elaboración de una idea sobre la otra persona y de una idea sobre la relación que entablamos con ella. Ambos autores remarcan la importancia de tener un punto de encuentro, un proyecto en común conjugado con la promesa del encuentro. En el caso del testimonio analizado aquí, cabe consignar que, si bien se han visto con anterioridad, “**Nos vemos cada tanto, pero nuestras bases son las redes sociales**”. La entrevistada hace hincapié en el compartir lo cotidiano, tratar de estar presentes en la vida del otro, aunque sea a través de la pantalla, “**(...) cuando los dos estamos en nuestras casas, abrimos Discord con cámara o sin cámara y cada cual hace la suya. Obviamente charlamos, boludeamos, así queda abierto como si estuviésemos los dos juntos**”. Y si bien concluye en que las redes

sociales son un poco “tóxicas” y “desgastantes”, les permite compartir el día a día. En este aspecto, me parece pertinente recuperar los aportes de Paula Sibilía, en el sentido de que:

Las redes sociales nos permiten atravesar las paredes, algo que está generando un conflicto insoslayable. Los que atraviesan las paredes no son sólo los dispositivos, sino nosotros, cada vez más compatibles con esta propuesta de un mundo en red. Para las redes, no hay límites espaciales ni temporales. Nuestra vida hoy está llamada a ‘performar’, es decir, a realizarse en escena (2017: s/p).

Además, para observar esta práctica desde la perspectiva psicoanalítica, retomamos los aportes de Aulagnier, quien dice:

El representante psíquico del yo del otro en el espacio psíquico del yo asegura la permanencia de un diálogo, de una palabra comunicable a ese representante psíquico del ausente. Este representante desempeña el papel de un receptor de mensajes, de palabras dichas durante la ausencia, con la ilusión de que uno podrá formularlas, volver a dárselas durante su presencia. (1977: 145).

En este punto me permito discutir con la mirada de Han en su libro *La sociedad de la transparencia*. Se puede pensar en esos términos sólo en la irrealidad de las redes, pero no en el mundo concreto. No somos ni seremos una sociedad de la transparencia, porque el misterio del otro jamás podrá ser develado. Conuerdo con la premisa de que, de nosotros, sujetos hiperconectados, se pretende una transparencia. Pero no creo que se pueda aseverar que somos esa sociedad, pues también somos sujetos del inconsciente. Ese misterio que anida en el inconsciente, no es otra cosa que el deseo. Y el misterio se vuelve más intrincado si incorporamos a la ecuación el deseo del otro y el lugar que yo mismo ocupó en función de él. Sobre esto ya hablaba Lacan, la no relación sexual es la premisa que regula los vínculos entre personas. Llamativo es el hecho de que muchos entrevistados reconocen también la necesidad de hablar con su *partenaire* para no caer en lo que ellos mismos denominan “enrosque”, tener cierta “claridad” en cuanto a sus intenciones. Ejemplo de esto son las entrevistas 1, 4, 5, 6 y 8 respectivamente:

“En realidad me parece que está bueno que se dialoguen las cosas. Yo necesito hablarlas”.

(e. 1)

“Yo la admiro. La flaca fue directo a buscar lo que quería, no quiere que queden dudas sobre eso. No importa que haya sido un montón, pero ojalá pudiera hacer lo mismo, comunicar directamente con tanta claridad”. (e. 4)

“A mi me pasa que yo prefiero siempre responder y decir “Me pasa esto y esto” (...) Yo por eso intento ser lo más claro que se pueda”. (e. 5)

“Pero cuando uno se da cuenta de que quiere algo, o pasan cosas, estaría bueno hablarlo”. (e. 6)

“Siempre comunico: “Che, si te pinta que nos veamos avisame y si no ya está”. Más menos ácida, más menos concreta, pero suelo abandonar los espacios con cierto aviso también”. (e. 8).

Estos fragmentos reflejan no solo la opacidad del otro para mí, sino también la importancia que tiene la palabra dentro de la construcción y consolidación de los vínculos; sobre todo la “claridad” en detrimento de esta “opacidad”, no explicitada pero idea presente si sabemos leer entre líneas en los discursos de los entrevistados. Piera Aulagnier considera que “los lazos que parten de un yo hacia el yo del otro son ante todo *lazos verbales*. Apuntalamiento y basamento de lo que podrá aportar el placer experimentado durante el encuentro de los cuerpos y por su intermedio” (1977: 146).

Precisamente, el problema en el vínculo es y siempre será lo NO-DICHO. Como psicólogo, encuadrado dentro de los aportes psicoanalíticos y privilegiando el lugar que tiene la palabra, sostengo que lo no-dicho es el gran problema de la humanidad, eso que no tiene un sentido, que no tiene una palabra o una representación que lo mediatice, es lo que siempre retorna. El síntoma, particularmente viene a ser un intento de puesta en sentido, un intento por ligar el afecto con la representación y siempre que no se resuelva, es decir, que continúe con ese estatuto de NO-DICHO va a repetirse hasta el cansancio. Como dice Aulagnier, “(...) a menudo una de las motivaciones de la demanda de análisis es la dificultad que siente el yo para comunicarse, para hablar con el otro.” (1977: 147). La entrevistada 3 redonda sobre lo mismo: **“Yo le hablé (...) y no hubo una respuesta de algo en particular mío (...) Necesitaba una palabra del otro (...)”**. Piera Aulagnier, insiste sobre este punto: del otro se espera una respuesta, una palabra que sostenga, que haga de soporte a la palabra que yo le dirijo. Se hace necesario cada tanto recibir esa respuesta, ese retorno de la realidad que nos dice *“Si, el otro sigue ahí”*. Cuando el otro desaparece, como en el caso del ghosting, nos sobreviene la angustia, el otro en la realidad dejó de existir en este terreno de mediación que hace de punto de encuentro en el vínculo.

La misma entrevistada concluye: “**Teníamos un vínculo (...) nunca habíamos charlado sobre qué esperaba yo de él o qué esperaba él de mí**”. No es un gran develamiento decir que la comunicación es fundamental para que un vínculo de pareja se sostenga, pero si considero relevante remarcarlo.

Dos yoes se encuentran y hablan de su cuerpo, de su placer, de sus sueños, de su espera y de su deseo (...); lo importante es que puedan pronunciar palabras que sean para cada uno de ellos fuente de placer y de emoción. (...) entre el yo y el yo del otro no puede haber relación ni catectización que no se plieguen a las exigencias de la comunicación (Aulagnier, 1977: 147).

Sin embargo, yo me pregunto a este respecto ¿Esto se hace o se hizo alguna vez en la vida de las personas? ¿Alguien es capaz de determinar, desde el comienzo del vínculo, qué es lo que quiere y qué es lo que no? ¿Cómo hacer para no modificar la posición respecto de lo que se quiere o no se quiere de ese vínculo? ¿Se puede sostener una misma situación para siempre, habiendo modificado la intención para con el otro?

Lo que cabe recalcar, es que siempre prevalece el intento de dar un sentido a esa desaparición espontánea que se produce en el ghosteo. En la entrevista 1, nos proponen dos alternativas: “**Yo intenté darle muchos sentidos y la verdad es que las posibilidades son dos... O lo hablás o te enroscás**”.

Ahora bien, yo me pregunto, si el enrosque se corresponde con un trabajo de duelo, ¿no sería necesario atravesarlo? Una permanencia en esta posición de talante dolido es ubicarse sobre el campo de la melancolía, conducta que Freud sí patologiza, no así al duelo.

El duelo (...) tiene idéntico talante dolido [*que la melancolía*], la pérdida del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor. (...) Fácilmente se comprende que esta inhibición y este angostamiento del yo expresan una entrega incondicional al duelo que nada deja para otros propósitos y otros intereses (1915: 242).

La necesidad del atravesamiento del duelo radica en tener la posibilidad de volver a invertir los objetos, de poder recuperar ese interés por el mundo circundante, de no permanecer en esa posición melancólica que únicamente llevaría a la destrucción del yo propio.

¿En qué consiste el trabajo que el duelo opera? (...) El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. (...) universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma (Freud, 1915: 242).

Otro dilema que se repite en varias entrevistas es la duda respecto de quien está del otro lado: **“El ghosteo te hace dudar del vínculo que vos tenías con esa persona, qué significaba yo para ella”** (e.1).

El vínculo, según Berenstein, es un término que se utilizaba para nombrar aquello que ligaba a varias personas y que poco a poco se extendió hacia las relaciones entre un yo y otro yo, lo que luego fue una relación entre el yo y los otros, es decir, vínculo, tantas veces se utilizó como sinónimo de relación. Sin embargo, dice Berenstein que el vínculo es:

(...) Una estructura de tres términos constituida por dos polos, los dos yoes y un conector. (...) cada yo tiene un origen autónomo, derivado de su pasado infantil, y su subjetividad se basa en su identidad. De allí la concepción del vínculo como una relación de dos entidades que desde su origen individual ingresan en la relación, la cual se despliega en un tiempo posterior respecto del desarrollo individual. (2007: 107)

Siempre fue posible dudar del vínculo. El entrevistado 9 sostiene: **“(...) Vos cuando estas hablando con alguien por redes sociales no sabes si la que está del otro lado te dice la verdad, si te miente... Si realmente es como dice”**. La virtualidad nos ha quitado la seguridad, a lo mejor por la velocidad de las interacciones, por ese “zapping” constante: *“Si no soy lo suficientemente bueno se va con otro/a”*. Esa misma velocidad ha hecho que los primeros encuentros sean menos profundos, más superfluos. El entrevistado 9 remata: **“Es todo muy artificial... Superficial”**. La virtualidad desnudó una verdad cruda: que todos somos prescindibles y siempre lo fuimos, pero ahora es más evidente.

“(...) Entre el yo y el yo del otro, en cuanto objeto catectizado de manera privilegiada, existe una estación necesaria que es el “otro pensado” (...). El yo tiene una representación psíquica del amado y, por esa misma razón, una representación de su relación con él”. (Aulagnier, 1977: 144).

Toda representación sienta sus bases en la subjetividad de la persona que se la representa, y como toda representación subjetiva puede modificarse si la realidad demuestra lo contrario. Eso es lo que nos hace prescindibles: ser una representación para un otro. Nos damos cuenta de que todos somos un producto en una góndola y que siempre hay una mejor oferta, siempre hay un otro posible de ser representado.

“En ciertas condiciones podemos imaginar una relación puramente interpretativa” (Aulagnier, 1977: 147). Esto último parece ser un paso necesario para la configuración ulterior del encuentro. Algunos de los entrevistados refieren haber usado Tinder, pero no es hasta que pasan a la otra gran red social, Instagram, que logran forjar una confianza en la persona que tienen del otro lado. **“Cuando conoces a alguien lo primero que haces es chusmear el Instagram”**, dice el entrevistado 2, **“Te conoces por Tinder y pasas a Instagram para ver qué onda esa persona”**, sostiene la entrevistada 6. Además de esto, parece como si hubiese un reglamento estipulado de cómo relacionarse en redes, qué pasos seguir: **“Primero por Instagram, después por WhatsApp”**, es el orden propuesto en la entrevista 9, aunque se repite en otras. El orden de prioridades parece mantenerse similar a los años en que sólo existía el teléfono fijo, a medida que la relación se volvía más seria se habilitaban nuevas vías de comunicación. La última instancia era pasar el número telefónico. Hoy en día, hablar por WhatsApp vuelve una relación más personal, es subir un nivel en la relación. A lo mejor se deba a que el contacto es aún más directo. Sin embargo, Instagram también es una vía directa de comunicación que, además, está sostenido en el soporte de la imagen.

Parece que Instagram tuviese más estatuto que otras redes, como si fuera un nuevo espacio de encuentro, una pequeña ventana hacia la vida de otra persona. **“Quiero tu Instagram para ver si sos humano, si no sos un bot y si en todo caso... No tenes denuncias de abuso en tu contra”**, sostiene, entre risas, la entrevistada 6.

El análisis realizado me permite afirmar que en las relaciones virtuales, rige la lógica capitalista de la oferta y la demanda.

El capitalismo se comporta como una fuerza acéfala, que se expande ilimitadamente hasta el último confín de la vida. Esta es precisamente la novedad del neoliberalismo: la capacidad de producir subjetividades que se configuran según un paradigma empresarial, competitivo y gerencial de la propia existencia (Aleman, 2019: 67).

En todas las entrevistas aparecen cuestiones relacionadas a las dificultades en la vinculación: cuándo corresponde dar una explicación o cuándo corresponde exigirla. Se hace notable la

percepción de que nunca supimos vincularnos con el otro, no sabemos relacionarnos. Somos seres sociales, pero la vincularidad ocurre en el ambiguo terreno que se encuentra entre una persona y otra pero siempre es un espacio pensado, no es un espacio REAL como tal, no es tangible, siempre es un espacio virtual entre una persona y otra, cada uno se forma su propio espacio intermedio. Lo que sucede con la virtualidad es el hecho de que, en la rapidez e inmediatez de la interacción, se recrudeció todo esto, quedamos expuestos a nuestro propio defecto y la no relación sexual de la que habla Lacan se volvió más evidente. En esa vorágine de la velocidad de la interacción, también nos exigimos tener las cosas resueltas para YA. Como si todos supiéramos, o tuviésemos resuelto absolutamente todo en nuestras vidas. Se nos pide una determinación que acaso nunca fue tal. Jamás en la historia de la humanidad hubo tal determinación. Este no saber vincularse toma ahora otras formas, pero de fondo es la misma dificultad de siempre. El capitalismo “(...) logra que los propios sujetos se vean capturados en su propia vida a las exigencias de lo <<ilimitado>>” (Alemán, 2019: 67). Esta cita, me recordó estos imperativos modernos, del “*vive, ríe, ama*”. Son demasiado *naif*, como si se pudiese ser feliz constantemente. Estamos en la época de la corrección política y de la exigencia de claridad, la sociedad de la transparencia a la que Han se refiere. La entrevistada 6 dice: “**La responsabilidad afectiva en este caso pasaba por: Estás culeando con alguien y estabas remameado, mínimo aclarate vos qué es lo que te pasa y no tengas al otro juntando expectativas**”. Nos vemos obligados a ser “responsables afectivamente”, a aclararle a la otra persona nuestras intenciones desde el primer momento como si siempre fuesen las mismas, como si eso no pudiese cambiar en el camino. Creo que esa es otra exigencia de la era actual: “*Debes ser responsable afectivamente*”, como dice Alemán, nos seguimos inventando leyes para regular nuestro propio goce y le quitamos la frescura a la espontaneidad del encuentro. Han habla de una “omnipresente exigencia de transparencia” en la sociedad actual, la hiperconectada. “Las acciones se tornan transparentes cuando se hacen *operacionales*, cuando se someten a los procesos de cálculo, dirección y control”. (Han, 2020: 13). No puedo dejar de lado un concepto lacaniano: el de sujeto del inconsciente. Uno desconoce incluso su propio deseo que es inconsciente, a él no accedemos fácilmente pues está siempre velado, por una cuestión estructural, ni siquiera es voluntaria. Recibir la exigencia del *partenaire* de una pretendida transparencia del propio deseo es cuasi-imposible. En el momento en que uno nombra el deseo, este ya dejó de serlo; perdió su estatuto de anhelo y pasó a ser una demanda concreta, puesta en palabras. En todo caso me pregunto, ¿es un problema no poder dar una respuesta a qué queremos? ¿Es un problema cambiar el deseo? Porque parece que, aunque no conozcamos nuestro deseo, estamos obligados a sostenerlo de por vida, como si el deseo, y con

él, la pulsión, no fuese algo fluido, algo que cambia constantemente de objeto y de meta. Y como si esta exigencia no fuese poco, se nos suma otra: la de ser claros desde el inicio.

A este respecto reflexiono sobre lo siguiente: el *ghosting* es, finalmente, un recurso dentro de las dinámicas vinculares actuales. No lo juzgo ni como bueno ni como malo, porque ningún análisis que se pretenda conceptual puede arribar a tales conclusiones. Pero existe y es una herramienta, un recurso. No trato aquí de demonizar conductas porque somos el resultado de una larga existencia, de un sinuoso camino de luchas, avances y retrocesos. Nos encontramos aquí parados, en el mundo hiperconectado, en la pura globalización y en el neoliberalismo productor de estas subjetividades. Lo que cabe hacer aquí y ahora es teorizar sobre estos nuevos fenómenos, comprender los mecanismos involucrados en estas conductas para tener herramientas para su abordaje. Varios de los entrevistados consideraron que el *ghosting* es algo que siempre puede pasar, se lo acepta como parte de la experiencia de vincularidad en redes, es parte de las reglas del juego. No solo es herramienta y recurso, sino que regula y ordena.

Me gustaría detenerme una vez más sobre el *ghosting*. Hay al respecto muy poco material, debido a que se trata de una conducta recientemente conceptualizada. Algunos artículos periodísticos se refieren a él, aunque aún está todo en una nebulosa. Luego de haberme documentado puedo decir que el *ghosting* es una conducta facilitada por las redes sociales, que consiste en la desaparición, sin previo aviso, del partenaire en un vínculo. Esto es en primera instancia. Lo que sucede luego, es que la otra parte se enfrenta a un sinfín de dudas que no obtienen una respuesta. Estas dudas son del orden del autorreproche, de la duda de sí mismo. Estas preguntas que se dirigen hacia el propio yo aparecen en todas las entrevistas. Algunos de los entrevistados hasta le ponen nombre: enrosque, maquinar, divagar, fantasear, sobreanalizar. El contenido es el mismo: autorreproches. Como Freud sostiene, una característica fundamental del trabajo de duelo. “Qué dije”, “qué hice”, “hay algo que no le gustó de mi”, “dije algo y le molestó”, etc. **La hipótesis que sostengo es que se trata de un trabajo de duelo.**

Lo que correspondería, como en todo trabajo de duelo, es ver las características del vínculo, qué mociones el sujeto ponía a jugar allí, qué idea se había formado de la relación, entre otras cosas. Pero esto se lo dejamos al trabajo en la clínica con el paciente.

El entrevistado 5 dió una definición de *ghosting* que me gustaría retomar: “(...) **Es esto de ghost de fantasma. Hace referencia a desaparecer de alguna forma. Pero como dejando alguna huella... O sea, estuviste, hablaste con esa persona, le respondiste, hubo algo, quedó una huella y después desapareciste sin explicación alguna, cuando había cierto vínculo**”. Me parece que la clave está en el “dejar huella”, tal y como dice Berenstein, el sujeto mismo se modifica en esa dinámica de vínculo, no se trata de un 1+1, sino de la configuración de un otro

sujeto, un sujeto nuevo, un sujeto del vínculo. Cuando ese otro, en carácter de objeto, deja de estar allí, deja de sostener el vínculo, como dice Aulagnier, se inicia el trabajo de duelo.

Otro de los entrevistados se refiere al *ghosting* de la siguiente manera: “(...) **En vez de plantearlo o explicar lo que pasa, desaparece. (...) por miedo a dar una explicación por lo que te pasa, que capaz que ni vos lo sabes**”. De alguna manera esta cita sintetiza lo mencionado anteriormente, el *ghosting* como herramienta, como parte de las reglas del juego y la imposibilidad de poner en palabras las intenciones y el propio deseo. Retomando una idea, la velocidad en las comunicaciones parece que nos exige también tener todo resuelto de inmediato, poder dar una respuesta que no se tiene, a un otro que nos exige. La entrevistada 4 manifiesta que “(...) **Es re difícil comunicar que no querés más nada o hasta acá llegué**”. Y ante la imposibilidad de dar una respuesta inmediata al “**¿Qué te pasa conmigo?**”, en la entrevista 5, el *ghosting* se propone como una respuesta. Al fin y al cabo “**La no respuesta es una respuesta**”, como dicen ambos, 4 y 5. La pregunta en este caso sería, ¿Dónde está la demora, el pararse a pensar? Estamos subidos a una ola que no nos permite parar, vamos, vamos y vamos, sin cuestionar lo que nos sucede, así perdemos de vista al otro y nos perdemos de vista a nosotros mismos, en esta vorágine de consumo sin límites.

En muchas de las entrevistas aparece siempre un elemento relativo al riesgo, a la inseguridad que genera la exposición y los peligros de los golpes al ego. El entrevistado 5, consultado sobre el *ghosting*, sostiene que: “(...) **a la mayoría le afecta. Lo percibe como un golpe al ego**”. Sostienen que la virtualidad nos defiende de eso, cuando se supone que nos estamos exhibiendo constantemente. Creo que esa posición, en el sentido de que uno en la virtualidad se escuda de la exposición, se sustenta en el hecho de que uno se arma una fachada o al menos sabe que puede hacerlo. Al final no sé si somos tan transparentes como dice Han. De todas maneras, sí es una realidad que la pantalla se ha vuelto una vidriera, en la que uno mismo se expone a las miradas de quienes pasan por nuestro perfil. El entrevistado 2 puede situar esto sin dificultad: “**Lo primero entra por los ojos (...), es la apariencia, esto te puede gustar o no pero es la función de las redes sociales**”. El entrevistado 9 lo nombra de otra forma: “(...) **Sentí que era una cartilla de gente que ibas eligiendo**”. Como en toda vidriera o catálogo, aquello que se ve es todo cartón pintado o cuanto menos, intencionado. Igualmente, siempre lo primero entró por los ojos, y creo que tiene que ver una vez más, con la lógica capitalista de la venta y del marketing. Vende lo que tiene buen aspecto.

En la entrevista 3, aparece lo siguiente: “(...) **Uno intenta llenar eso también. La semana pasada me pasó que estaba maníaca por conocer a alguien. (...) maníaca de vínculos**”. Esto me hace pensar en “*el clavo que saca otro clavo*”: esa necesidad de encontrar otro objeto que

catectizar se retroalimenta con la constante oferta de personas que aparecen en redes, sumado a la demanda de consumo. Todo se vuelve un circuito sin fin: el capitalismo como un sistema que se muerde la cola. A esta encerrona trágica -en términos de Fernando Ulloa- (1995) se suma la imperante necesidad del sujeto de encontrar un objeto que tapone su falta. Esa conjugación no hace otra cosa que contribuir a la conformación de síntomas actuales: ansiedad, depresión, estrés, baja autoestima, entre otros.

REFLEXIONES

Todo investigador es, primero, un sujeto histórico y todo saber siempre responde a intereses personales, pero también epocales. No puedo saber qué etapa de la historia de la humanidad haya sido más desafiante e interpeladora para las personas. Eso sería demasiado pretensioso. Sí puedo hablar del momento en el que me tocó vivir. Los cambios vertiginosos que signan este tiempo me han movilizado, como seguramente a muchos contemporáneos. En las dos décadas y media que llevo vividas, he tenido que adaptarme a lógicas de existencia que me obligaron a una transformación no siempre del todo buscada.

Nací en un pueblo del interior de la Provincia de Buenos Aires. Al terminar la escuela secundaria me mudé a La Plata para realizar mis estudios universitarios. Ese pasaje de una ciudad pequeña a una gran urbe significó grandes movimientos internos. Ya como adulto, independizado un poco forzosamente, me vi interpelado por un mundo en el que ni las relaciones interpersonales eran como las imaginaba, como me las habían contado o como las había visto en mis padres u otras personas en mi lugar de origen.

Como se mencionó en el trabajo, las nuevas tecnologías, sobre todo en su aplicación en las comunicaciones, le agregaron a los vínculos nuevos modos que, a mi criterio y a juzgar por lo analizado en este tiempo, configuraron nuevas percepciones de uno mismo y de los demás.

Las relaciones con los otros, la búsqueda de pareja se debate, en muchos casos, a través de plataformas virtuales. Personalmente y también a partir del relato de otros con los que he conversado a los fines de este estudio y por interés disciplinar, puedo afirmar que muchas relaciones se mantienen en la virtualidad. Esto, que para algunos puede ser de ciencia ficción, existe. Existen parejas que se conectan para mirarse y conversar mientras almuerzan, cada uno en su casa o su ciudad; otros tienen sexo a través de la pantalla; se mantienen charlas de horas mediante el envío de audios o mensajes escritos y el intercambio de fotos.

En este nuevo modo de estar con otros, quise analizar ¿qué pasa cuando ese alguien que está en mi vida, que conoce y es parte de mi cotidianidad, desaparece? ¿No se sufre porque la relación fue virtual? ¿Nos resulta indiferente? Por mí mismo y por lo que otros me han confesado, puedo

sostener que no. Duelamos esa pérdida porque constituye esa ausencia inconcebible, inexplicable y necesitamos una reparación para poder continuar.

Desde el rol de psicólogo, entendiéndolo como agente social, pienso desde mi disciplina para entenderme y entender a otros. Soy testigo de un mundo donde todo parece haberse convertido en mercancía: hasta los vínculos humanos. Las redes sociales emergen como una especie de vidriera donde todos nos exponemos, construimos una imagen acorde a lo que se espera de nosotros: que seamos exitosos, jóvenes, bellos, independientes y audaces. Nos ofrecemos al mejor postor y, a su vez, indagamos en la imagen del otro buscando el ideal de nuestros sueños. La vida obedece a las lógicas del consumo. ¿Consumimos personas como objetos? No tengo respuesta a semejante interrogante, pero sí algunas pistas que me hablan de los modos deshumanizantes que rigen las relaciones actuales, hasta llegar, por momentos, a la crueldad. Además de los aportes de reconocidos teóricos de nuestro campo, hemos sumado al debate a otras figuras de relevancia por su pensamiento, como Jorge Alemán y Byung Chul-Han. Sus posturas, aunque con diferencias, constituyen una denuncia sobre el capitalismo como modelo que ha impregnado en todas las dimensiones de la vida. Sus mandatos, que entronizan la ganancia por sobre la humanidad, fomentan la explotación del hombre por el hombre hasta límites insospechados. Alemán ve una salida posible, que pasa precisamente, por la conciencia humana. Apuesta a la capacidad del hombre de contemplar el escenario y reaccionar. Han, por su parte, asegura que el hombre ha perdido, precisamente, esa capacidad de contemplación y que camina ciego hacia el abismo. Comparto el criterio del psicoanalista argentino. De no ser así, no estaría apelando a esta reflexión que intenta, en primer lugar, contribuir a un modo de vida que priorice al ser humano sobre el dinero.

Hablamos del duelo en esta época, en cómo se vive en relaciones en las que puede no estar el cuerpo. Concluimos que el duelo, que “siempre pone en acto algo del orden de la soledad”, (Fleischer, Allegro, Berdullas, Hidalgo, Rivas, Surmani, Zerba, 2015: 266) está presente en cualquier ausencia, de cualquier índole. No obstante, reconocemos que el duelo también ha sido modificado por las premisas de la biotecnología y de la cultura del consumo. Como refieren los autores recién citados:

Los ritos, ceremonias y tradiciones, como modos de elaboración que en otros tiempos, tenían la desapercibida función de contribuir al trabajo del duelo, se han visto afectados por esta incidencia biotecnológica y han agregado al examen de realidad un nuevo elemento: lo virtual. Este nuevo y pujante campo virtual recubre de un modo no menos desapercibido que los rituales y mitos, una zona funcional a la enajenación del proceso

de duelo, modificándolo aún más de lo que ya lo había hecho la modernidad. La presentación de lo impresentable, rasgo decisivo de la posmodernidad, lleva el sello de la consumación biotecnológica que no deja de batallar en el intento de evadir la propia muerte. (Fleischer, Allegro, Berdullas, Hidalgo, Rivas, Surmani, Zerba, 2015: 267).

Centrándome ahora en el fenómeno que motivó el presente trabajo, puedo realizar algunas puntualizaciones. En primer lugar que el *ghosting* se volvió una conducta común entre los usuarios de redes sociales, que responde a la lógica del descarte capitalista. Nos volvimos consumidores de vínculos, vamos pasando por la vida de las personas sin miramiento de la huella que dejamos. El *ghosting* implica una desaparición de la escena sin previo aviso, dejando al partenaire compelido a un trabajo de elaboración sin respuestas. Justamente, ante esta situación, la persona que quedó “enganchada” se enfrenta a un trabajo de duelo con todas sus características. Principalmente reconocibles son los autorreproches que la persona se destina a sí misma: haber incomodado al otro, haber dicho algo fuera de lugar, no haber respondido de tal o cual manera, entre tantos otros que pueden observarse en las entrevistas. También hay casos en los que el trabajo de duelo se realiza de una manera rápida y sin muchas vueltas. Freud también prevé este punto: se trata de un vínculo poco significativo. En cualquiera de los casos el sujeto se ve ante la tarea de desasir la libido del objeto cuya desaparición la realidad ahora nos prueba.

Algunas preguntas me surgen a este respecto, en primera instancia me pregunto acerca de la especificidad generacional del *ghosting*. ¿Será algo que solo nos afecta a los nacidos en los 80’/90’? Porque una cosa es clara y es que nuestra generación se fue apropiando poco a poco de las plataformas virtuales que iban surgiendo, sus usos y reglas los inventamos nosotros. Y como todo creador al final de su obra nos preguntamos si el resultado fue bueno. Tal vez las generaciones actuales hayan naturalizado la virtualidad, como una parte de su cotidiano y no se pregunten tanto el cómo obrar y simplemente se conduzcan como siempre lo han hecho. Pero esto únicamente podremos comprobarlo en algunos años, pues los niños a los que me refiero recién están entrando a la pubertad. Por nuestra parte, jóvenes adultos, no hacemos más que preocuparnos por etiquetas y el orden de las cosas. Qué lugar ocupamos en relación del otro y cómo corresponde comportarnos en función de ese lugar. Un “te quiero” demasiado pronto es sinónimo de mucho compromiso y ni que hablar de una demostración de cariño por el chat de alguna red social. Es inevitable pensar acerca del concepto de Imaginario Social acuñado por Cornelius Castoriadis, y sus movimientos, instituido e instituyente.

Lo imaginario del que hablo no es imagen de. Es creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquico) de figuras/formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de «alguna cosa». Lo que llamamos «realidad» y «racionalidad» son obras de ello. (Castoriadis, 1975: 5)

Refiere con esto a que las sociedades mismas facilitan formas de ver el mundo y relacionarse con él. ¿De qué manera? A partir de movimientos instituidos e instituyentes. El primero comprendido como la cristalización de ciertas convenciones sociales, valores, etc. El segundo hace referencia a movimientos de crisis y de puesta en forma en la que surgen nuevas significaciones imaginarias sociales. A este respecto, reflexiono sobre lo anterior: qué o quiénes determinan que una demostración de cariño peca de apresurada o cae en el momento justo. Somos capaces de reconocer ciertos tiempos prudenciales a la hora de vincularnos, pero no podemos explicarlos o ponerlos en palabras. Esto es producto de un imaginario social que incide en la producción de subjetividad y en las formas de vincularnos. Algunas de estas significaciones imaginarias sociales hacen que no podamos apartarnos de la idea de que estas plataformas virtuales le restan seriedad a un vínculo, pero no es más que el intento de desafectarnos de la situación, no hacernos cargo de nuestro propio deseo.

Pero no puedo ser tan duro con nuestra generación, el avance vertiginoso de las nuevas tecnologías nos ha dejado inermes ante la cruda realidad: no sabemos vincularnos. Parece como si la inmediatez a la que nos expusimos nos exigiera una existencia rápida y resuelta, con la capacidad de dar respuestas a todas las preguntas que se nos presentan, incluso la del propio deseo. Nos acostumbramos al “*lo quiero, lo tengo*” a la velocidad de un *click* y lo mismo pretendemos de las personas con las que nos vinculamos. Nos encontramos con un *partenaire* que exige respuestas que no tenemos, y una manera de responder a ese mar de demandas es con la desaparición inmediata, abortando la misión de profundizar en aquel ser tan exigente. Sumado al hecho de que por ser un *partenaire* virtual tiene menos importancia que uno de carne y hueso, como si del otro lado no hubiese un otro. Lo que sucede, a mi entender, es que la pantalla ha reificado -en términos de Marx- las relaciones entre las personas invisibilizando al agente de la acción, nuestro vínculo es únicamente con esa foto tras el cristal.